

## **Cómo San José se convirtió en nuestro guía y modelo frente la pérdida de nuestro hijo**

**Por Inés y Germán Vartorelli**



Si hay algo que hemos aprendido a lo largo de nuestra vida, es que Dios se vale de lo más sencillo para obrar. Pareciera ser que Aquel que es Omnipotente quiere enseñarnos, valiéndose de aquellos desconocidos para el mundo, el inmenso valor de ser dóciles a su llamado.

Cuando el dolor nos atravesó con la peor noticia fue cuando más nos apoyamos en la Fe. Las fuerzas humanas por sí solas no eran suficientes y nos sentimos necesitados de ofrecerlo y, al aceptar lo que se nos pedía, se nos mostró un camino y una misión que jamás hubiéramos podido imaginar y, de la mano de esta misión, la figura de San José cobró protagonismo en nuestro matrimonio y en nuestra familia.

Si bien San José siempre nos sostuvo y protegió, fue en el momento más difícil de nuestra vida, con la muerte de nuestro hijo, que se hizo más presente que nunca, inspirándonos a poner nuestra confianza y nuestro dolor en el regazo de Dios.

Cada vez que narramos la experiencia de la vida de Juancito, nos vuelve a interpelar y nos invita, como matrimonio y como padres, a seguir transmitiendo nuestro testimonio que puede ser compañía y consuelo para alguien más.

Repasar y sentir con una nueva mirada las últimas horas de vida en la panza y en neonatología y los días que siguieron a su muerte son oportunidad de sentirnos agradecidos por los dones que nos dejó. Tan chiquito y, sin embargo, con su vida plena.

**Desde la mirada de Inés**

Esperando nuestro tercer hijo, ya llegando al sexto mes del embarazo, por una rotura repentina de bolsa, quedé internada en el hospital Materno Infantil de la ciudad de Córdoba. Teníamos la esperanza de que el embarazo siguiera lo más posible y que Juan tuviera posibilidades de vivir. Fueron cuatro días de incertidumbre, de absoluto reposo y soledad. Teníamos la ilusión de que las cosas resultaran bien. Mientras tanto, nuestros dos hijos aguardaban en casa para recibir buenas noticias.

El parto se desencadenó en la cuarta noche. Así de golpe, comenzaron las contracciones y, luego de una deliberación por parte de los médicos, se decidió practicarme una cesárea con la esperanza de que Juan tuviera la mayor fuerza para pelear por su vida. El recuerdo que me quedó de esa mañana es cuánto se apostó por la vida.

Nació Juancito. Tenía dificultades respiratorias. Estuvo muy cuidado en neonatología. Germán pudo visitarlo, conocerlo, mirarlo, tener un momento los dos solos y, por un regalo de Dios reservado sólo para él, pudo bautizarlo.

Si la misión del padre de familia con sus hijos es guiarlos en su camino y vocación en el mundo, en esta oportunidad, Germán tuvo su rol como papá al prepararlo, como hijo de la Iglesia, en el camino hacia la Vida Eterna. *“El amor paterno de José no podía dejar de influir en el amor filial de Jesús y, el amor filial de Jesús no podía dejar de influir en el amor paterno de José. Las almas más sensibles a los impulsos del amor divino ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior.”*<sup>1</sup>

Sus hermanitos pudieron visitar la sala de neo y ver a tantos bebitos prematuros que se abrían camino a la vida.

Para Juancito esas fueron sus últimas horas de vida. Vivió ese día, 24 de marzo, y partió al Cielo ya bautizado por su papá y habiéndonos dejado todas las ganas de darle nuestro amor. A partir de ese día, nuestro pequeño Juan nos cuida como un hermano mayor y nos acompaña ya en plenitud.

Es verdad que los días siguientes fueron muy duros al volver a casa con los brazos vacíos, buscando recuperar las fuerzas sin encontrar el sentido. Sin embargo, Germán estuvo siempre cuidándome y acompañándome, sin invadir mis silencios.<sup>2</sup>

Para mí, el recuerdo de ese tiempo es que transcurrió en paz, aun en medio de la intensidad de la experiencia y con un dolor inimaginable. Ese fue parte del regalo de Dios hacia mí, pero también contar con un sostén amoroso y fuerte para dar cada paso. Pude

---

<sup>1</sup> [http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_15081989\\_redemptoris-custos.html](http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.html)

<sup>2</sup> La experiencia de la vida de Juan está narrada en el libro “Diario de una pequeña ofrenda”. Ed. Educa 2010- ISBN: 9789876201568

reconocer en Germán el fiel reflejo de San José, como custodio y compañero en medio del sufrimiento. Aún sintiéndome con el alma más pesada, como si la balanza que debía sostenerse en equilibrio estuviera descalibrada. Pero su peso fue balanceándose y acompasando sus pesas, porque en este equipo, en esta unidad de cuerpo y alma de nuestro matrimonio, Germán llevaría el mayor peso por los dos. Y eso me hizo sentir fuerte en la debilidad.

Germán me fue enseñando a dejar que Dios escribiera muchas de las páginas de nuestra familia. De alguna manera, me hace pensar en los sueños de familia que San José tendría. Sin embargo, jamás podría haber vislumbrado misión semejante. Así siento que él custodia nuestra familia y me enseña a ir escuchando lo que Dios me dicta en el corazón y como jamás me deja sola en los momentos más difíciles.

### **Desde la mirada de Germán**

Mi devoción a San José tiene un camino o “caminito”, como diría Santa Teresita de Lisieux. José, es el santo del silencio, es el santo de los sueños, es el santo de la humildad, todo esto a nuestros ojos cotidianos, pero en la historia de la salvación Dios quiso que él ocupe un lugar preponderante. Dios quiso que compartiera nuestra naturaleza humana - excepto el pecado- y naciera como cualquiera de nosotros, lleno de necesidades y debilidades. El Divino Niño necesitó ser alimentado, cuidado y educado, y en este punto especial aparece la figura de José, quien fue el maestro de la infancia de Jesús. José transmitió a Jesús todo su amor de padre y su responsabilidad en la educación.

Pero en realidad, el comienzo de mi devoción a José nace cuando tenía ocho años. En mi casa, los libros vivían junto a los juguetes y enseres. Mi papá era un gran lector y uno nació al “amparo” de esa biblioteca que parecía inmensa vista con ojos de niño. Y es que a esos ocho años, viviendo en Paraná, descubrí que no había leído ni un solo libro completo. Nadie me recriminaba esto, pero yo al ver esos libros, sentía que estaba frente a un gran desafío. Y es así como comencé a “caminar” con mis dedos los lomos de aquellos libros ordenados en los estantes de la biblioteca. De esa forma detecté un viejo ejemplar, usado pero en buen estado, de **La Biblia contada a los niños** y dije: “este libro va a ser mi primera lectura”. Lo leí de corrido, sin dejar un día pasar. La verdad es que me encantó el Antiguo Testamento. Las aventuras de Jonás en la ballena o el escape de los israelitas por la ventana, descendiendo los muros de Jericó, me parecían aventuras muy divertidas, llenas de suspenso. Pero hubo dos personajes que me marcaron profundamente y aún los recuerdo. Uno de ellos fue Samuel, aquel hijo de la vejez que vivía en casa del sumo sacerdote. Todavía recuerdo leer maravillado ese llamado del Señor: “Samuel, Samuel”. Este, al no distinguir aún la voz divina, iba hasta

el lugar donde descansaba Elí, quien al ser despertado tres veces por la misma causa le responde: “Samuel, es el Señor quien te llama. Tú responde: habla Señor que tu siervo escucha”. Y es a mis ocho años que pensé: “Cuando el Señor me llame, responderé la primera vez: “Habla Señor que tu siervo escucha”. Esto lo recordé después cuando aquella locución interna, mientras Juan se encontraba tan frágil, me dijo: “¿Lo ofreces?” y yo, que hubiera dicho “sí”, pensé en Inés y contesté: “Pregúntenle a la madre”, luego de lo cual volví a escuchar: “¿Lo ofreces?”. Nuevamente mi respuesta fue: “Que sea lo que Dios quiera”. Y de esta forma, aquella lectura de los ocho años influyó en mi vida y en la de mi familia muchos años después. Esto lo confirmé cuando Inés me contó que la misma pregunta resonó en su interior. Cuando se le preguntó si lo ofrecía, respondió: “Sí, lo ofrezco”.

Son muchos los personajes del Antiguo Testamento que me conmovieron, como José, el hijo de Jacob. Me divertía mucho con sus sueños contados pero sobre todo me partía el alma ver a Jacob llorando sobre la túnica ensangrentada de su hijo. Esta historia me arrebató, me sentí tan envuelto por los acontecimientos. Al final, José se transformó en el administrador de los graneros del Faraón, y acaso José de Nazareth ¿no lo era también custodiando a aquel Niño en Belén “casa del pan”, aquel granjero que nos iba a dar el pan espiritual que es la Eucaristía? Creo que desde allí comencé a considerar a José un grande, el del Antiguo Testamento, que recibió el designio de su señor: “Vayan a ver a José y hagan todo lo que él les diga”, hasta nuestro querido carpintero, que dispuso los designios de aquella Sagrada Familia en sus comienzos y en sus tiempos más difíciles.

Por último, cuando Jesús es descendido de la cruz, y no tiene ni una tumba digna donde reposar su Divino cuerpo, ¡aparece nuevamente José! José de Arimatea es quien, venerando el cuerpo de Jesús, lo colma de cuidados y le ofrece una tumba de su propiedad en Jerusalén.

Son tantos los hechos en los que el nombre de José aparece en la historia de la salvación que, aquel que creíamos “el santo del silencio, de los sueños y de la humildad”, se nos presenta como lleno de acción y de luz, proporcionado su protección para la Sagrada Familia de Nazareth.

## **Nuestra mirada juntos**

Este es el tiempo de San José. Es el tiempo de redescubrir su papel tan importante en la Sagrada Familia de Nazareth y en la historia de la salvación.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> El martes 8 de diciembre, el Papa Francisco convocó el Año de San José para conmemorar los 150 años del decreto Quemadmodum Deus, con el cual el Beato Pío IX declaró a San José Patrono de la Iglesia universal. Consagrar el an

San José se convirtió en nuestro gran protector y en un padre amoroso. Como reflejo de los atributos de Dios, acompañó nuestras lágrimas y tristezas. Nos enseñó a aproximarnos al misterio de Dios con confianza y sencillez y a tener una sincera obediencia a Dios sin malos modos y quejas, con confianza y entrega.

San José nos ha unido a muchísimas personas que, por ser testigos y mensajeros de una devoción que nos ayudó cuando más lo necesitábamos, han enriquecido inmensamente nuestra vida, nos han hecho profundizar nuestra espiritualidad y nos han encendido el alma. San José es una protección particular para nuestras familias y un custodio fiel de la vida naciente que se gesta en cada madre.<sup>4</sup>

---

a San José nos acerca su figura y alienta a “que todos los fieles siguiendo su ejemplo, puedan fortalecer cotidianamente su vida de fe en cumplimiento pleno de la voluntad de Dios”.

<sup>4</sup> Sobre la devoción a San José.[http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf\\_l-xiii\\_enc\\_15081889\\_quamquam-pluries.html](http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15081889_quamquam-pluries.html)